

Fina García Marruz

Como el que dice siempre

Ensayos escogidos

Adolfo Castañón



¿Qué quedará más lejos que la tarde que acaba de pasar, parque encantado?
¿Conoces tú el país en que se vuelve?
Y sin embargo escribo sobre su polvo "siempre".
Yo digo siempre como el que dice adiós.
Fina García Marruz. "Canción de otoño". En: *Antología poética*, 2002, pp. 41-42.

Como sucede con las estrellas, los corales y los hongos, los poetas y los artistas no surgen aislados, solitarios. Florecen y estallan en pléyades, se dan en racimo y la red en la que se inscriben representa para ellos un espacio intermedio entre la soledad radical y la pública: esas redes suelen cristalizarse, en el caso de los escritores y poetas, en revistas y grupos literarios. En el ámbito de las letras hispanoamericanas, se dio en la primera mitad del

siglo XX un florecimiento de esos grupos y bandas literarias: *Sur*, *Contemporáneos*, *Taller*, *El hijo pródigo*, *Espuela de plata*, *Clavileño*, *Verbum*, *Ciclón*, *Eco*, *Moradas*, *Hueso húmero*, forman parte de ese tablero en que se jugaron y formaron varios de los escritores mayores de la lengua. Uno de esos grupos es sin duda el cubano de *Orígenes*, conformado por una verdadera familia a cuya cabeza estaba el anfitrión José Lezama Lima. En este caso, la familia lo era y lo fue verdaderamente, pues Cintio Vitier y Eliseo Diego —dos de los escritores claves del proyecto— se casarían con dos hermanas, Fina y Bella García Marruz. Eliseo Alberto, hijo de Eliseo Diego y sobrino de Fina, evoca así el núcleo familiar:

La contagiosa felicidad de Bella, su juventud y *cubanía*, hizo poeta a Eliseo Diego. Poeta convencido, quiero decir, poeta de sangre. El doble descubrimiento del amor y la amistad lo salvó de la melancolía, ese enemigo contra el cual se vio obligado

a batallar durante el resto de su tranquila existencia, a la sombra, sin quejarse ni pedir socorro, sólo que ahora podría defenderse tras el escudo de un hogar lo suficientemente armónico como para irle ganando la pelea al habilidoso contendiente, metro a metro. Su mejor amigo, Cintio Vitier, se casó con Fina, la hermanita de la boina, y entre los cuatro fundaron una familia divertida e indivisible que, hoy por hoy, significa una de las columnas principales de la cultura cubana, dentro y fuera de la isla.¹

Este núcleo de cinco notas claves sostendría a su alrededor una república de la conversación a la cual se sumarían otros escritores cubanos: José Rodríguez Feo, Gastón Baquero, Virgilio Piñera, Lorenzo García Vega y Octavio L. Smith. Vendría también de afuera gente como María Zambrano y Juan Ramón Jiménez, con quienes estos escritores tendrían lazos profundos de amistad. *Orígenes* fue precedida por *Ciclón* y otra revista de breve existencia: *Clavileño*, llamada por su entusiasta editor a semejanza del caballito de palo encantado que aparece en la segunda parte del Quijote. Fina García Marruz (La Habana, Cuba, 1923) ocupa, en ese paisaje, el lugar de una hermana que es cruce de caminos entre poesía y pensamiento, piedad gentil y armonía cristiana, expresión individual y manifestación colectiva. Poeta y pensadora de filiación católica, Fina García Marruz se inscribe en una genealogía y en un paisaje cultural que no ha pasado desapercibido ni en Cuba ni fuera de ella. El historiador y ensayista Rafael Rojas registra

así el paisaje en que se desarrolló la actividad de Fina García Marruz:

Aunque en Cuba ha habido una larga tradición de intelectuales laicos, el nacionalismo católico cubano no ha conocido otro momento de mayor esplendor intelectual que el que protagonizan los escritores reunidos en torno a las revistas *Verbum* (1937), *Espuela de plata* (1939-1941), *Clavileño* (1942-1943), *Poeta* (1942-1943), *Nadie parecía* (1942-1944) y *Orígenes* (1944-1956). A partir de un modelo de sociabilidad restringida, lejanamente inspirado en las cofradías religiosas, varios escritores católicos (Gastón Baquero, Ángel Gaztelu, José Lezama Lima, Eliseo Diego, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Octavio Smith...) crearon, junto con otros tres poetas ateos o, más bien, paganos y nihilistas, José Rodríguez Feo, Virgilio Piñera y Lorenzo García Vega, esta saga de revistas entre 1937 y 1956.

Pero aquellas revistas, como se sabe, fueron algo más que una publicación de exquisita literatura: fueron lo que Ángel Rama habría llamado una pequeña ciudad letrada, que abría sus puertas a músicos como Julián Orbón, pintores y escultores como Mariano Rodríguez, René Portocarrero, Amelia Peláez, Alfredo Lozano o Roberto Diago, críticos de arte como Guy Pérez Cisneros, filósofos como María Zambrano o simples amigos como Agustín Pi. Lezama decía que aquella comunidad intelectual era un "taller renacentista", pero, como afirmara uno de sus sobrevivientes, Lorenzo García Vega, por momentos se asemejaba más a una secta medieval.²

Reconocida como poeta del archipiélago lírico y crítico con-

gregado en torno a José Lezama Lima, Fina García Marruz, es además de una ensayista y una pensadora cabal, una inteligencia viva y despierta, no sólo de la poesía y de la literatura sino de la lengua. En su obra ensayística reunida parcialmente en *Hablar de la poesía* se deslinda un itinerario rico y complejo en la cultura y en la inteligencia hispanoamericana.³ Fina García Marruz publica su primer libro, *Poemas*, en 1942; pero da a conocer su reunión de ensayos, *Hablar de la poesía* en 1986, más de cuarenta años después, aunque su inteligencia crítica y poética no podía haber pasado inadvertida para cualquiera que hubiese leído la revista *Orígenes*, dirigida por José Lezama Lima, donde Fina García Marruz —que fue lectora y lectura necesarias— no sólo colaboraba con poemas sino con reseñas y ensayos. Antologada y reconocida como poeta desde tempranas fechas, García Marruz tarda en ser identificada como portadora de un pensamiento crítico en vista de este pudor, de este cuidado. No por ello dejará de ser exponente de una conciencia formal y de un vigoroso y rico pensamiento crítico e histórico expuesto discretamente a lo largo de sus numerosos ensayos, crónicas y artículos, dispersos en periódicos y revistas de Cuba, el Caribe y toda la América Hispana.

Hablar de la poesía es la tardía recopilación, en 1986, de ensayos hechos por la autora. Antes y después publicaba ensayos, crónicas y artículos en revistas y libros colectivos. Hasta donde sé, dicha hemerografía no se encuentra fácilmente disponi-

ble, aunque es muy probable que exista semioculta en algún lugar.

Lezama Lima la incluyó en su antología *Doce poetas cubanos*. Está casada y aliada literariamente en diversas empresas con el poeta y escritor Cintio Vitier, su compañero en las letras. Tocada desde muy joven, casi niña, por el ala silenciosa de la gracia y de la poesía, y dueña de una rara inteligencia para las letras humanas y divinas, la joven Fina supo beneficiarse de las lecciones que María Zambrano impartió en Cuba durante los casi diez años que pasó por la isla.

Fina García Marruz denominó *Hablar de la poesía* a la selección de textos suyos publicados en la Habana. El título era a su vez el nombre de un ensayo de poética que participaba de la confesión, el manifiesto y, siempre, la poesía, la crítica y el pensamiento. Aquel nombre, sin embargo, una vez leído el libro, resulta algo oblicuo, pues no da cuenta de la honda dimensión crítica y cultural de la empresa ensayística adelantada por esta singular poeta que no ha renunciado al pensamiento, ni a pensar en español y acaso desde él. Es ese libro se da algo más ambicioso que una exposición de las coordenadas del oficio lírico. Estaba y está en juego una relectura reveladora e inteligente de la tradición literaria y de ciertos hechos decisivos de la lengua española a uno y otro lado del Atlántico. De ahí que no resulta tan asombroso que el siguiente libro de ensayos de Fina García Marruz haya sido el deslumbrante y lapidario *Quevedo*.⁴ Esta obra, una de las más ambiciosas y significativas entre las producidas por el ensayo crítico hispano-americano a fines del

siglo XX, no es sólo una lectura histórica y cultural de Francisco de Quevedo, sino una plástica y rotunda recreación de sus adentros, sus íntimas conjunciones y viscerales disyunciones, como se desprende de los tramos que aquí se presentan. En esta obra, Fina García Marruz sabe acercarse a Quevedo y a su paisaje —es decir, a Góngora y a Cervantes, a Gracián y a Lope— con un dominio y una familiaridad singularísima, como si ella estuviese salvando a Quevedo y a su Siglo de Oro por dentro y comprendiéndolos plenamente, es decir, abrazándolos con el pensamiento.

En ese *Quevedo* y con los ensayos de *Hablar de la poesía* Fina García Marruz nos recuerda tácitamente que, más allá de los profesores y de las fábricas de diplomas, existe un hispanismo hispanoamericano que, de sor Juana a Martí y de Andrés Bello, J. E. Rodó, Martí y Darío a Alfonso Reyes, Borges, Lezama Lima y Octavio Paz ha sabido saborear y asimilar, suscitar y resucitar la semilla y la levadura del sentido criollo ante todo como un hecho de la lengua, como un dato o una serie de datos que sólo se comprenden si se interrogan los documentos y monumentos escritos. La crítica y el ensayo de Fina García Marruz son, qué duda cabe, rigurosos y no están exentos de exigente severidad filológica, pero su quehacer crítico y ensayístico no es universitario en el sentido en que, en el ámbito de la lección académica, el candidato o estudiante ha de presentar y defender una tesis para que le juzguen y critiquen maestros y autoridades. A Fina no le interesa “defender una tesis” para de ahí afirmarse como autoridad. Viene de otra orilla y

le interesa salvar otras cosas, restituir el sentido y la discusión sobre el sentido de un modo distinto, pero siempre desde un ángulo crítico del pensamiento en lengua española —que es el horizonte en el cual han de inscribirse estos oficios reflexivos—. De ahí, por ejemplo, que en la reseña que hace al libro sobre Cervantes de la filóloga y poeta cubana Mirta Aguirre, Fina García Marruz se da el lujo de plantear una diferencia y una discrepancia radicales sobre las tesis de Aguirre y al mismo tiempo tener otras empatías con ella.

En Fina García Marruz el ensayo no representa un hecho marginal a la poesía ni su pensamiento en prosa podría separarse del todo de ella. Tampoco constituye un dato irrelevante la discreción pudorosa con que ha mantenido su propia luz inteligente, sino encubierta, al menos velada, como si esa voluntad de apartamiento estuviese abonando el precio de una altiva, feroz y señorial independencia. La obra ensayística de Fina García Marruz anda dispersa en diversas publicaciones de Cuba, México y otros países de América Hispana. Por el momento, no es fácil calcular la extensión de dicho trabajo ensayístico. Por eso mismo, esta selección aspira a llamar la atención del lector sobre una obra crítica que se ha ido disimulando en una pudorosa dispersión, aunque no por ello deja de tener una profunda unidad conceptual o de ser necesaria para la plena gnosis hispanoamericana.

Editora y acuciosa estudiosa de la obra de José Martí, Fina García Marruz, un poco como su aliado Cintio Vitier, ha sabido medirse a lo largo de los años con la obra de este gran escri-

tor en quien parecen cifrarse ciertos destinos de la cultura en la América española. Pero, a diferencia de Vitier, quien se ha abierto a la vertiente de la prosa narrativa, en la obra de Fina García Marruz el decir poético se proyecta y decanta en una serie de perfiles escritos donde el pensamiento ensaya y se ensaya. Fina García Marruz no es sólo una dichosa *dicente*, una poeta lírica, un singular sujeto elocuente, es también, y ante todo, una mujer que piensa así en voz baja como en voz alta y que ha sabido fraguar, en el transcurso de los años, armas para su pensamiento en un medio y una sociedad como la insular hispanoamericana, tan dispuestos a hacer callar a la mujer en el templo y a proscribir del ámbito de la reflexión la presencia femenina. Una mujer que piensa, tal como Simone Weil, Emma Goldman, Hanna Arendt o, entre nosotros, María Zambrano, Carmen Laforet, Gabriela Mistral, Teresa de la Parra y Teresa la Santa o sor Juana Inés de la Cruz a la que ha dedicado uno de sus más luminosos y penetrantes ensayos. La figura de Fina García Marruz como alto exponente de la poesía y del pensamiento ha sido reconocida dentro y fuera de Cuba, y por los cubanos de dentro y fuera de la isla, como deja constancia el número de la revista *Encuentro de la cultura cubana* donde Rafael Almanza, Jorge Luis Arcos y Emilio de Armas le rinden un significativo homenaje. Escribe Jesús Díaz, fundador y director de la revista:

Quizá sea necesario insistir en que la obra de Fina García Marruz nos pertenece a todos, vivamos donde vivamos y sea cual sea nuestra opción política. Si algo debe y puede unir

un cuerpo roto, ese algo es la poesía.⁵

Traza Fina García Marruz, como sin quererlo, una genealogía a la vez originaria —prístina— y disidente, una línea familiar, un hilo que es filiación por el gusto y la simpatía que han de producir autores tan diversos como Cervantes, Santa Teresa, Quevedo, Góngora, Gracián, sor Juana Inés de la Cruz, Gustavo Adolfo Bécquer, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, José Lezama Lima, César Vallejo, Eliseo Diego, Charlie Chaplin, Alfonso Reyes, José Gorostiza, Carlos Pellicer, María Zambrano (a la cual apenas suele mencionar por pudor, pero de cuyo pensamiento sin duda se ha nutrido), Gabriela Mistral, Ernesto Cardenal... Esta ristra de nombres no son sino contraseñas o indicios, momentos nominales o pronominales de un oficio de vivir contemplando tanto como de un mester o menester de contemplar viviendo y desviviéndose...

Fina García Marruz ha sido, junto con Cintio Vitier —su aliado, amigo y esposo —su otro yo eficiente— una de las albaceas o celadoras del tesoro martiano. Esta tarea la ha desvelado en el transcurso de los años pero, en compensación y reciprocidad, la ha llevado a enseñorearse de uno de los palacios encantados del idioma y del sentimiento que se escribe en español. Este haber ascendido y descendido las escarpas y estribaciones martianos la ha llamado a reconocer con intimidad sosegada, pero también apasionada, las posibilidades del decir hispánico e hispanoamericano con certeza singularísima, individual y siempre ajena a la vulgaridad del proselitismo y

de la norma gregaria. La exploración de las posibilidades del decir hispánico en su estilo y en su documentada e informada organización intelectual no está nunca divorciada de su propia responsabilidad ética y poética —de esa conciencia que ella tiene de que el poeta lírico que se da *cuenta* de las circunstancias interiores y exteriores está llamado él mismo a dar cuenta y razón de ese poderoso misterio, el de la posibilidad lírica, del cual es depositario.

Demasiado delicada y sensitiva como para darse el lujo de acometer la construcción de un sistema o de un conjunto de axiomas más que menos aceptables y rebatibles, Fina García Marruz ha preferido ir, como poeta y pensadora, a averiguar y reconstruir las causas y los casos de los exponentes mayores de la voluntad hecha letra en el idioma español. Ha preferido ir horneando su arcilla hasta el vidriado, edificando una posible historia hispánica de la cultura vivida y contemplada, convivida y leída desde el tiempo, en esos casos llamados Quevedo, sor Juana Inés de la Cruz, Gracián, Martí, Bécquer, Ramón Gómez de la Serna, Lezama Lima y Eliseo Diego que son como los grandes árboles de un bosque llamado cultura hispánica, criolla *vividura* a la española-mestiza en América.

El conjunto de ensayos aquí armado tiene, por supuesto, un primer engarce en la crítica literaria y aun en la filosofía pero, más allá, en un segundo y tercer movimiento el libro debe leerse junto a las obras de quienes han buscado hacer hablar, desde el pensamiento y con la reflexión, lo entrañado y visceral por esencia: la inocencia, el amor, el silencio, la poesía, la pasión,

el arte literario... Sin embargo, Fina García Marruz está lejos de andar construyendo “castillos en España”, lejos de querer levantar solipsistas torres de marfil —como la de Axël de Villiers de l’Isle Adam, recordada por Edmund Wilson en *Axel’s Castle*—. Conoce el claustro y la covacha, el gabinete y la cocina, ese otro laboratorio del alquimista que anda en pos de la piedra filosofal... Esos reductos subterráneos, esos escondrijos sabihondos no la retienen demasiado tiempo, pues ella está como participando de una cruzada, de una misión o silente empresa que la lleva de la emboscadura a ese otro espacio de convivencia, que es el claro del bosque, donde la presencia no necesita encubrirse de misterios sino simple y sencillamente aparecer, manifestarse. Este apetito de aparición parece ser una de las secretas corrientes que atraviesan o pautan la investigación intelectual y moral de esta penetrante historiadora de la cultura, que no desdeñaría nunca ni la gravedad ni la gracia, para evocar a Simone Weil. Sus estudios y ensayos nacen de una larga familiaridad con el sujeto —digamos Quevedo o Gracián—, surgen de una inteligencia irrecusable e irrenunciable que no tiene miedo de llamar a las cosas por su nombre y, si es el caso, de exponer a la luz inclemente la perplejidad de lo contradictorio, pero siempre con un ánimo de comprender y explicar y de ir más allá, es decir, más acá.

Figura límpida y eficiente, hondamente arraigada en las capas más profundas de la cultura hispánica, Fina García Marruz se presenta como una singular fusión de cultura clásica y de cultura moderna his-



panoamericana. Es la amplitud y hondura de ese clasicismo y luego de ese cristianismo lo que parece sustentar la amplia cultura que, por cierto, no es ni quiere ser enciclopédica sino orgánica y vertebrada por un *ethos* fundado en la revelación, en la aparición de la palabra. Fina García Marruz ha sabido hacer del conocimiento de esta manifestación un procedimiento o, si se quiere, un camino: “Yo digo siempre como el que dice adiós” porque ya está diciendo —y viendo y oyendo su decir, desde la otra orilla, desde la atemporalidad del siempre— y siempre que dice ya está diciendo iluminada por el radiante sol secreto de un corazón ausente de tan presente, puesto que es elevado hacia la luz.

El nombre de *Fina García Marruz* es una caja de música de seis notas. Su persona escrita dibuja con certeza fragante, en sus diálogos en espiral, las armas y los rumbos de una cartografía espiritual donde, en cada detalle, se juega sus batallas el *libre albedrío* de la voluntad y el pensamiento. En su obra ensayística cobra realidad y conciencia la aventura de leer como un desciframiento de la vida compartida y contemplada. Esto queda particularmente de manifiesto en ese amplio y aéreo ensayo aquí recogido por primera vez en libro: “Cantata a dos voces”, en torno a la *Oda tropical* de Carlos Pellicer y de *Muerte sin fin* de José Goros-

tiza, escrito en 1990. Ensayo de amplio horizonte, el texto, además de interrogar y de situar estos dos altos poemas de la lírica americana del siglo XX, es también un oficio de alumbramiento de la gnosis americana por medio de las obras de estos poetas y de las voces de Martí, Darío, Vallejo, Neruda, Mistral y Lezama, quienes son otras estrellas de tal constelación. Este espejo, a la vez incisivo y panorámico, sinóptico y agudo, no tendría el peso que tiene si no fuese también un azogue para mirar oblicuamente la propia expresión lírica y pensativa, filosofante y melodiosa de la contemplativa Fina García Marruz en la sustancia de sus poemas. La relación entre ensayo y poesía en ella resulta ineludible. De ahí que, al armar esta analecta, nos parezca necesario invitar al lector a acercar el diálogo en espiral del ensayo con el soliloquio a media voz del poema ensimismado. No es que los ensayos aquí reunidos desdoblén la poética entrañada en los poemas, sino más bien que el hecho lírico del poema, la verdad ínsita en él se presenta como un avatar complementario de esa relación, de esa *sintaxis* generalizada que la poeta-filósofa manifiesta.

No se reúne aquí —insistimos— una ristra de intervenciones en prosa derivadas del azar. Tiene el lector entre sus manos una suerte de guía secreta de la lengua y la poesía hispánica e hispanoamericana. El guía, la guía ha ensayado en cada caso hacerse digna de las palabras de Miguel de Unamuno que dicen, parafraseadas por ella: “y por lo que hayamos querido ser y no por lo que hayamos sido, nos salvaremos o perderemos” (p. 310). Es decir, en cada caso,

la oyente y lectora inquisitiva que es Fina García Marruz ha querido desentrañar la aspiración secreta de cada obra, el deseo latente de cada texto que resulta indisociable de la interrogación sobre ese querer ser de cada uno de los personajes. Lo suyo, como en Gómez de la Serna, son “cataduras del tiempo”, sus ensayos son acercamientos al tiempo vivido que está cautivo en las obras, más allá de la historia.

Esta atención al deseo, al anhelo que cautiva en ciertas obras literarias y en ciertos autores lleva a Fina García Marruz a asediar y luego reconstruir un cierto tiempo interior de las letras hispánicas y americanas, tiempo que se liga a lo naciente y a lo muriente, es decir, a lo americano, que se define por sus extremos. Por eso, en esta cartografía que componen los ensayos, artículos y textos que aquí se reúnen, están inscritas, encarnadas, unas *visitaciones* —voz cara a Fina García Marruz— de esa temporalidad alternativa capaz de subvertir la historia y, por así decir, ponerla de cabeza, des-leerla, descifrarla por medio de la historia literaria en la cual la historia sin más parece sedimentar y recuperar el sentido (véase o recuérdese el ejemplo de Martí). Y a propósito de *Visitaciones*, cabe salvar aquí, íntegra, la luminosa página que Eliseo Diego escribió para acompañar la primera edición de ese libro:

Una frontera muy sutil separa a la literatura de ese otro orden del espíritu donde, sin enterarse mucho de sí mismos, el arte y el ser se confunden. Por él es que se ha movido siempre Fina García Marruz, tal como avanza por la feria la joven de la balada irlandesa, cuyo simple

paso iba orientándolo todo a la poesía. Desde niña, y sin que ella o los demás pudieran remediarlo, comenzó a irradiar su extraña luz sobre el contorno, convirtiendo a sus tías en las conmovedoras criaturas que pueden verse en *Las miradas perdidas*, y a los barrios, parques y niños, en los barrios, parques y niños más de veras que haya nadie soñado nunca. Pero, claro, una niña, una joven, una mujer así, mal pueden comprender la necesidad de hacer un libro con lo que para ellas es la naturalidad misma, de modo que no es raro que entre el primero y éste medien unos cuatro años y no pocas trampas afectuosas de varones letrados.

El libro abarca las iluminaciones que Fina García Marruz ha ido dejando atrás en los últimos diecisiete años. Ella nos advierte que en realidad lo forman cuatro cuerpos distintos: “Azules”, “Visitaciones”, “Ánima viva” y “La tierra amarilla”, junto con dos breves cuadernos: “Pequeñas canciones” y el magnífico oratorio que dedica al comandante Ernesto Che Guevara. Sin ánimo de contradecirla —tarea difícil—, uno advierte enseguida que en cada uno de los poemas se cumple su descubrimiento fundamental: “toda aparición es una misteriosa aparición”, desde el azul que es el aroma de los pueblitos cubanos, hasta la roca en que tuvo su hogar la Santa; desde el borracho que “se sentía un violín”, hasta Henocho, el constructor de ciudades; y llega a su conclusión propia: Fina García Marruz no ha escrito más que un solo libro, el de sus visitaciones o sus miradas perdidas. Razón por la cual aquellos en quienes ella confió, traicionándola, no han podido escoger ni dejar fuera una sola: en cada una encontraban “el aliento inenarrable, lo real”. “Deslavazados”, dice en algún sitio de sus versos, y lo son, con ese descuido entrañable, que se

quiere a oscuras, de Teresa de Jesús o de Miguel de Unamuno. Desaliño que le deja libre las dos manos, la que ella llama “mano de pintor” de la memoria —por donde tanto se acerca a José Martí, nuestro mayor maestro de poesía desde san Juan de la Cruz—, y la otra, reflexiva, convencional, conceptuosa, que con sus razones de corazón va persuadiendo a las apariencias, hasta que por sí mismas bajan la máscara y destella un atisbo de su verdadero rostro. Bien quisiera ser uno ser objetivo o desasido —virtudes admirables—, pero cada cual es como no puede remediarlo, y así firmamos, viendo que en este siglo los melindres ocultan muchas veces lo que debiera estar a cielo abierto, que en este libro, escrito en el idioma que Fina García Marruz pide para sí —“quiero escribir con el silencio vivo”—, se encuentran algunos de los poemas de más apasionada belleza que se hayan compuesto en lengua española desde que asomó el mil novecientos. Con lo que el solapista podría ponerse el cómodo cucurucho de Don Anónimo, si no tuviese a orgullo sostener lo dicho, dónde y cuándo fuere necesario, este que firma abajo.⁶

II

Cuando Diego García Elío de Ediciones del Equilibrista me encargó esta analecta o lección antológica, tuve un cierto presentimiento. Conforme avanzaba en el proyecto, me iba dando cuenta de la envergadura de la empresa y de cuán sustancial y necesario podía ser para mí y para el lector esta obra en que dialogan a través del mar del tiempo y del tiempo sin tiempo del mar, las obras y las escrituras de quienes le han sabido imprimir al trompo de la historia de la cultura literaria

hispana e hispanoamericana su renovado y desafiante giro: Cervantes, Quevedo, Góngora, Lope, Gracián, Bécquer, Gómez de la Serna, Lezama Lima, Eliseo Diego, entre otros autores aquí reunidos, no forman en modo alguno una enciclopedia. Pero del mismo modo que una brújula no es un atlas, la guía armónica que quiere ser esta selección se da como una suerte de diapasón espiritual y crítico que le permitirá al lector hispanoamericano afinarse mejor a sí mismo y hacer de sí y de los suyos una recordación sustantiva a través de las letras de Fina García Marruz, para responder con esos actos que son las palabras a la cuestión abrasadora: ¿cuál es el destino y la misión de la cultura en Hispanoamérica?

Los escritos reproducidos en esta analecta que más bien ha sido concebida como un relicario revelador para las apariciones y revelaciones de lo poético americano e hispánico, ha sido armado reproduciendo escritos correspondientes a diversas épocas y géneros —desde la modesta nota bibliográfica hasta el ensayo que se abre a la perspectiva de una historia o crítica de la cultura—.

Este conjunto de ensayos en prosa ha sido arreglado para hacer aparecer en forma rotunda una de las inteligencias líricas más poderosas y sensibles —es decir, piadosas— del orbe hispanoamericano.

Arte de leer la escritura de los otros, arte de escribir la propia lectura, el contenido en estas páginas tiene acaso un valor más sencillo y elemental, puesto que se asume como un arte de vivir y de convivir, ese oficio modesto pero sagrado que consiste en dejar por medio de la lectura

que el otro sea en nuestro interior. Ese otro que está naciendo dentro de ti, lector, leído, cuando pasas tu vista hospitalaria por estas páginas.

La elaboración de este ensayo antológico facilita la creencia de que no existe una hemerografía crítica de García Marruz lo bastante exhaustiva como para intentar una presentación de su prosa completa (ensayos, crónicas y artículos). A esta dificultad se añade otra: la del oficio compartido —al menos en los que hace a los temas martianos— entre su propio pensamiento y el de su esposo y aliado literario Cintio Vitier. ¿Cómo definir esta elusiva pero manifiesta relación? Hasta donde sabemos Cintio y Fina no han suscrito al alimón —voz de origen taurino— ninguna obra. Sin embargo, la afinidad y simpatía entre ambos resulta evidente, y no sólo eso. Los trasciende pocas páginas para incluir en su circuito las obras del mismo José Lezama Lima y Eliseo Diego, esos otros participantes en lo que el mismo Lezama Lima ha llamado el “ceremonial de orígenes”. Dice así el texto “Un día del ceremonial” de Lezama, citado por el poeta y editor mexicano Marcelo Uribe en la introducción a la reedición facsimilar de la revista:

Si a esto añadimos la amistad como un misterio y una decisiva fuerza aglutinante, se va aclarando el secreto de la perdurabilidad de *Orígenes*, desde sus primeras raíces. El hecho, muy importante también, de contentarnos con poco, muy poco en el orden económico, de un innato rechazo de las apetencias sombrías o de las ocupaciones, en un momento en que la vida racional era todo lo contrario, la más incontrastable búsqueda de lo cercano y satisfecho.

El hecho de que en aquella precipitada búsqueda de lo inmediato, en aquel vivir banal y tonto, apareciese de pronto un grupo de nombres que buscasen todo lo contrario, es decir las más notables apetencias de la inteligencia y la poesía, bastaba para que el atento a los soplos del espíritu, viese en aquel grupo la excepción necesaria, creadora, capaz de regalarnos una dichosa sorpresa. Desde luego que las invisibles leyes del *sympathos* admirablemente en aquel grupo de hombres trabajadores, que sin arrogancia venían a saltar un vacío y a hacer retroceder los avances de un bosque de muerte.⁷

El texto de Lezama —recuerda Uribe— fue escrito a petición de Luis Rogelio Noguerras para ser incluido en un libro sobre Eliseo Diego.

Las “formas del ceremonial” suponen una ciudad y una civilidad distintas. El grupo de *Orígenes* al que pertenece Fina García Marruz está comprometido con el “deseo de regir la ciudad de una manera profunda y secreta”.⁸

Esa “otra política”, esa “otra manera de regir la ciudad” no es más que la poesía misma. Así como Lezama, en su sistema poético, contraponía la Imagen o la Metáfora a la Historia, en su estrategia intelectual, que era en buena medida la del grupo *Orígenes*, enfrentaba la Poesía a la Política. Es notable cómo los poetas más jóvenes del grupo, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego, Octavio Smith..., asumieron en sus poéticas esa misma contraposición, aunque en el lugar de la Metáfora o la Imagen lezamianas colocaron la memoria. Sobre todo en la poesía de Eliseo Diego y Fina García Marruz se observa claramente que las nociones del tiempo nacional provienen más

de un recuerdo íntimo que de un discernimiento histórico. La mejor exposición filosófica de esta antinomia Memoria-Historia se encuentra en la primera parte de la *Poética* de Cintio Vitier, titulada “Mnemosyne”, cuyas referencias doctrinales provienen de la tradición platónica y cristiana que asocia el verbo y la sabiduría a la evocación o reminiscencia de ideas innatas. Aquí la temporalidad histórica, la de los “hechos sucesivos”, como le llama Vitier, se presenta como una dimensión maligna que sólo puede ser trascendida por medio del recuerdo poético. Nunca antes en la literatura cubana se había llegado a una figuración metafísica de la historia, en tanto lugar de incertidumbre, zozobra y maldad, como la que articulan las poéticas del grupo *Orígenes*.⁹

Participante activa de “esas formas del ceremonial”, Fina García Marruz se encuentra en el eje de la constelación de *Orígenes*: amiga y colaboradora de José Lezama Lima, esposa y aliada literaria de Cintio Vitier, amiga y hermana por alianza de Eliseo Diego, proteica y dúctil mensajera del grupo, habitante de esa “Cuba secreta” que tan certeramente supo reconocer María Zambrano en las revistas *Espuela de plata*, *Verbum*, *Nadie parecía*, *Clavileño*, *Poeta*, *Orígenes*, onda y alma discreta de esa máquina invisible que venían gestando un porvenir incógnito, un futuro plural.

En un ensayo titulado “Por Dador de José Lezama Lima”, incluido en este volumen, Fina García Marruz habla de una jerarquía de libros, los libros humildes y los libros señores:

Ellos son de la familia real, son los libros padres [...] Estos libros de rostro desnudo son nuestro hermanos entrañables, pero

estos otros tienen la danza de los cuerpos en la luz, la danza engendradora y madre.¹⁰

Estos libros señores, estos libros padres son justamente la materia y el objeto de los ensayos escritos por ella y que la presente antología ha buscado, al menos en parte, rescatar. Se indican así no sólo los gustos y preferencias críticas de una alta poeta sino, más allá, los lugares santos del verbo, los espacios de la *sacra conversazione* que es la materia de este oficio del ensayo escrito al filo, en las fronteras de la poesía.

Tal vez podría compararse la relación que une a Cintio Vitier con Fina García Marruz con la que unió a Jacques y Raïssa Maritain.¹¹ Le escribe Cintio Vitier a Fina García Marruz en *Epitalamios* (1996):

A ti te leo mis poemas para que nazcan realmente
Su rostro de palabras
en el tuyo de amor se me dibuja por la primera vez, y así
amparado
que duele menos la pobreza
que el cariño ilumina

Emula de la dama absorta de Vermeer
tu fijas en el fiel de la balanza el peso
de la esencia fugitiva que se me escapa siempre

La salvación o pérdida de cada línea
está pendiente de tus ojos, aptos para probar la poesía como el fuego
para probar espadas

Tú dices, musa
de mi pasión y de mi lucidez, la última palabra, la que falta, igual que el beso de oro de la madre
para que surja el hijo y yo lo acepte.¹²

En esta selección de ensayos, el lector puede pensar que Cintio Vitier le lee a Fina como ésta —o su escritura— lee al lector: con intimidad inteligente y atenta abriéndose a la hondura de los grandes lugares y autores de la lengua. ■

Adolfo Castañón (Mexico)

Escritor, poeta y traductor mexicano. Realizó estudios de literatura, filosofía y lingüística en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Durante casi tres décadas trabajó como editor para el Fondo de Cultura Económica. Entre sus obras publicadas destacan: *La campana y el tiempo*, *Fuera del aire* y *El pabellón de la límpida soledad*. Ha traducido a JJ Rousseau y a George Steiner, obras sobre Spinoza, Jorge Cuesta, entre otros. En el 2003 el gobierno de la república francesa lo distinguió con la orden de *Caballero de las artes y de las letras*.

Notas

- 1 Eliseo Diego. *Cuentos*. Cadiz: Fundación Municipal de Cultura del Extremo, Ayuntamiento de Cádiz, p. 18.
- 2 En Rafael Rojas. *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona: Anagrama, 2006, pp. 114-115.
- 3 *Hablar de la poesía*. La Habana: Letras Cubanas, 1986, p. 441.
- 4 *Quevedo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003, 151 p.
- 5 *Encuentro de la cultura cubana*. “Homenaje a Fina García Marruz”. N.º 11, Invierno de 1998-1999, pp. 4-21
- 6 Eliseo Diego, solapa para *Visitaciones*. La Habana: Ediciones Unión, serie Contemporáneos, 1970.
- 7 En *Orígenes*, Revista de arte y literatura. La Habana, 1944-1956. Dirigida por José Lezama Lima y José Rodríguez Feo. Edición facsimilar, Vol. I (Números 1-6). Introducción e índice de autores de Marcelo Uribe. El Equilibrista. Ediciones Turner, p. XXXVIII.
- 8 Rafael Rojas. *Tumbas sin sosiego*, p. 150.
- 9 *Ibíd*
- 10 *Ibíd*, p. 108
- 11 Véase, por ejemplo, Raïssa y Jacques Maritain. *Situación de la poesía*. Trad. de Octavio N. Derisi y de Guillermo Blanco. Buenos Aires: Club de lectores, 1978, 194 pp.
- 12 Cintio Vitier. *Antología poética*. Prólogo de Enrique Sainz. México: Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 295.